

Antropología Experimental

<http://revistaselectronicas.ujaen.es/index.php/rae>

2019. nº 19, Texto 29: 345-354

Universidad de Jaén (España)

ISSN: 1578-4282 Depósito legal: J-154-200

DOI: <https://dx.doi.org/10.17561/rae.v19.29>

Recibido: 03-09-2018 Admitido: 07-09-2019

NOIK POR NDEN.

Dos visitas de ayuda a los afectados por el sismo del 7 de septiembre de 2017 en San Mateo del Mar (Oaxaca, México)

José María FILGUEIRAS NODAR

Universidad del Mar (campus Huatulco. México)

jofilg@huatulco.umar.mx

NOIK POR NDEN. Two aid visits to the people affected by the earthquake of September 7, 2017 in San Mateo del Mar (Oaxaca, Mexico)

Resumen

Este texto narra las impresiones de dos visitas a la comunidad de San Mateo del Mar (Tehuantepec, Oaxaca, México), con el fin de proporcionar ayuda después del sismo de magnitud 8.2 del día 7 de septiembre de 2017. La primera visita se realizó el día 12 de septiembre, y la segunda el día 30 del mismo mes; entre ambas, se produjo otro destructivo terremoto en el centro del país. El texto cierra con unas reflexiones finales, centradas fundamentalmente en discutir el papel jugado por el gobierno ante estos desastres.

Abstract

This article exposes the impressions of two visits to the community of San Mateo del Mar (Tehuantepec, Oaxaca, Mexico), in order to provide aid after the earthquake of magnitude 8.2 on September 7, 2017. The first visit was made on the September 12, and the second on the 30th of the same month. Between them, there was another destructive earthquake in the center of the country. The text closes with some final thoughts, mainly focused on discussing on the role played by the government in the face of these disasters.

Palabras clave

Huaves. Mero Ikoots. Istmo De Tehuantepec. Desastres Naturales. Terremoto De Chiapas De 2017
Huave People. Mero Ikoots. Isthmus Of Tehuantepec. Natural Disasters. 2017 Chiapas Earthquake

Esta historia comienza bajo las aguas del Golfo de Tehuantepec, más o menos frente a Pijiapan, Chiapas (México), a 58 kilómetros de profundidad. Y los detonadores de esta historia son rocas, rocas que no piensan, que no viven, que simplemente son. Se trata de *seres en-sí*, diría Sartre (1993), y constituyen probablemente uno de los mejores ejemplos, o de los más fáciles de encontrar, de los que primero se nos vienen a la mente, cuando nos explican o nos preguntan qué es eso del *être en-soi*. Rocas. Sin vida, sin intimidad, sin conciencia-de ni autoconciencia, sin ese interior vagamente espiritual que nos caracteriza. Por eso no tiene sentido usar analogías como la del recepcionista de hotel que después de largas temporadas escuchando quejas e insultos se pone a gritarle a un cliente. O de una persona que aguanta por años los golpes y los gritos de su pareja hasta que un día revienta y lo acuchilla. Sin embargo, se trata de un mecanismo bastante similar a nivel metafórico.

Las placas que componen la litosfera, esa costra sólida que cubre nuestro planeta como *fondant*, se van moviendo a una escala imperceptible para nosotros, a medida que se elevan sobre el manto de magma por encima del que flotan, o se hunden para fundirse en él. La placa de Cocos forcejea contra la placa norteamericana, una contra otra como dos chavales de primaria en una pelea, subduciendo a una velocidad de 76 milímetros por año. Y en ese forcejeo se va acumulando presión, fuerzas elásticas que tienden a deformar las rocas. En algún punto, la resistencia del material se ve superada y las rocas se desplazan, o se rompen. Y esa energía acumulada durante tantos años, diría ‘pacientemente’ si no estuviéramos hablando de seres en-sí, se libera en un instante.

Y entonces yo siento las ondas en Huatulco, y tú en la ciudad de Oaxaca, en la Ciudad de México, en Tabasco, hasta en Guadalajara o en El Salvador. Mientras, todo el Istmo de Tehuantepec se ha puesto a bailar una danza macabra a altas revoluciones, un frenético *rave* de magnitud 8.2 (SSN, 2017), el segundo de mayor intensidad registrado en casi cien años, lo cual es mucho decir en un país con la historia sísmica de México.

Según Max Scheler (1938) “lo más poderoso que hay en el mundo, son [...] los centros de fuerza del mundo inorgánico” (p. 120), una idea que Nicolai Hartmann (citado en Scheler, 1938) expresa de modo ligeramente distinto cuando dice que “las categorías superiores del ser y del valor son por naturaleza las más débiles” (p. 117). Hasta donde sé, ninguno de los dos llegó a visitar Oaxaca, para sentir ese poder bajo los pies y esa debilidad a flor de piel. De haber estado por aquí el día 7 de septiembre de 2017, a eso de las 23:49, sus concepciones se habrían visto muy reforzadas a nivel autobiográfico.

A continuación, exploraremos con algo más de detalle lo sucedido con algunos miembros de esa categoría del ser presuntamente superior, pero indiscutiblemente más débil que los “centros de fuerza del mundo inorgánico”, que somos los seres humanos.

Primera visita: el puñetazo del 12 de septiembre

A mí el sismo me agarró dormido, y después de una noche agitada, acabé comiendo unos tacos y durmiendo como un bebé. En Huatulco, donde yo vivo, a 240 kilómetros del epicentro, afortunadamente no pasó nada o casi nada. Sí hubo ciertos daños estructurales y sobre todo miedo, mucho miedo a un tsunami que nunca llegó, pero por suerte no hubo tragedias personales que lamentar; se puede decir que nos quedamos en el susto. Durante la noche, a medida que iba sabiendo de la magnitud exagerada del terremoto, me temí lo peor: me imaginaba ciudades enteras destruidas, miles de muertos. Las cifras fueron mucho menores, y aunque me impactó la magnitud de la catástrofe (cómo no, con 102 muertos y 900 heridos), sentí cierto alivio de que no hubiera sido peor.

La Universidad canceló sus clases después del sismo. Fue un fin de semana largo, tres días de réplicas constantes; por entonces ya se sabía que había sido un terremoto de fractura (Gonzalo, 2017) y los expertos decían que éstas podrían durar meses, como efectivamente sucedió. Recuerdo especialmente una réplica que me agarró en la ducha: me eché a correr hacia las escaleras, desnudo y descalzo sobre un suelo resbaladizo; por suerte duró poco, no llegué a caerme por las escaleras, lo que probablemente habría ocurrido si durase unos segundos más. Esas noches dormí

sobre una colchoneta, justo al lado de la puerta, para salir de casa disparado en caso de temblor, cosa que hice varias veces. Otras personas se fueron a dormir en su coche a lugares abiertos. Y otras pasaron mucho miedo dentro de sus casas y departamentos, especialmente quienes vivían en plantas altas.

El lunes siguiente, platicando sobre las experiencias del convulso fin de semana, el profesor André Díaz me dijo creer que San Mateo también había sido fuertemente dañado por el sismo. Yo no había escuchado nada: no tengo televisión, y mucho peor aún, no tengo red en casa, por cierto, no a causa de ningún evento natural, sino por capricho de las compañías telefónicas, que llevan meses diciéndome que no hay líneas. Los fines de semana, mi información del mundo se limita a lo que me llega a través de los contactos del WhatsApp; entre esa incomunicación, y la hipersensibilidad a las réplicas, no me había enterado de prácticamente nada del mundo exterior. Pero unos segundos después, luego de una rápida búsqueda en Internet, habíamos decidido ir.

Díaz y yo éramos parte de un grupo de trabajo enamorado del pueblo, que visitamos por primera vez en 2012 (Filgueiras, 2013). Además de todo lo que aprendimos sobre la impresionante cultura de los *mero ikoots*, allí habíamos hecho grandes amigos; hasta nosotros mismos nos habíamos hecho más amigos gracias a San Mateo del Mar, y nadie le discutiría a Epicuro (2012) la relevancia de la *φιλία*, una de las pocas cosas capaces de dar sentido a una vida, que, por otra parte, siempre tiende a ser como esa pasta marrón que tanto gusta a las moscas. En suma: había que ir. Y en menos de dos días ya estábamos en camino; lo que nos llevó llenar una camioneta con ayuda: alimentos, impermeables, agua, etc., y hacer los trámites pertinentes en nuestra universidad para que nos permitieran viajar.

Es una visita privada. Eso se lo hemos aclarado a todas las personas a quienes nos hemos acercado a pedir cooperación; esta primera visita es de ayuda a una sola familia. No es una visita pública o de ayuda a todo el pueblo. En ese sentido, nuestra primera reacción fue ayudar a los amigos, amigos que a lo largo de los años se han convertido prácticamente en familia. No sé si nuestra reacción haya sido *buena o mala*, moralmente hablando, pero sin duda fue humana, y a mí me recuerda el asunto ese del “círculo de las lealtades” tan bien explicado por Rorty (1998) y presente en el pensamiento de tantos otros autores. Desde luego, debo decir también que en nuestra afirmación de que era la primera visita, ya estaba el germen de las sucesivas.

Vamos André y yo, nos acompaña Kiko, uno de los hijos de nuestros amigos, que trabaja en Huatulco y lleva desde el día siete sin más que noticias esporádicas sobre sus padres, sus hermanas, sus amigos, etc. Hemos tenido que dejar algo de ayuda en casa, no cabía en la camioneta que nos prestó Karla, pero él tenía que venir. Avanzamos por la carretera que hemos recorrido tantas veces. La que arranca a la entrada de la refinería. No sabemos aún del miedo que ha pasado la gente de Salina Cruz, según nos han contado algunos de ellos, pensando que en cualquier momento podría explotar una de las esferas de esa refinería, y con ella prácticamente toda la ciudad, o todo el Istmo, vía los oleoductos que recorren su subsuelo.

Cruzamos los dos basureros municipales que marcan el límite entre Huilotepec y San Mateo, que establecen tan significativamente la frontera entre el mundo huave y el zapoteco, dos órbitas culturales en constante fricción (cabría preguntarse si del mismo modo que las propias placas tectónicas). Nos habían avisado de que en Huazantlán había retenes, no vemos nada de eso. Pero la carretera está repleta de gente con carteles pidiendo ayuda. Se mire hacia donde se mire, todas las imágenes parecen periodismo de guerra.

Cruzamos una larga recta medida a intervalos regulares por postes de luz, que curiosamente siguen en pie. Un par de curvas muy cerradas y más rectas, con desvíos hacia las colonias, Cuauh-témoc, Costa Rica, Juárez, a los lados de la carretera. Observamos las hoy más escasas yuntas de bueyes y las lagunas. Lagunas que unos meses después suelen convertirse en llanuras más o menos secas, más o menos polvorientas. Es el paisaje de siempre, el que hemos admirado tantas veces, pero lleno de personas suplicando ayuda, un panorama de neta destrucción. Una iglesia con todas las paredes caídas, como un ejercicio de razonamiento espacial, o una flor aplastada, creo que en la colonia Juárez. Y parece que no hay bardas en todo el municipio, que todas cayeron o se dañaron. No quiero imaginarme cómo ha debido de cruzar San Mateo hace unos días.

Nuestro amigo Don Celso se emociona al vernos, nosotros también. Un momento de esos que te estrujan el alma, a la entrada de un terreno que parece haber sido bombardeado. De la casa queda muy poco, es una *pérdida total*. Lo que resta de suelo está terriblemente cuarteado, como si un gato de cien toneladas, o un dinosaurio, se hubiese entretenido afilando las uñas en el concreto. Y después, de un golpe con su cola, hubiera inclinado toda la estructura y destruido las construcciones aledañas.

Don Celso nos narra varios sucesos de la noche del sismo. Su hija se desmayó, tuvieron que sacarla a rastras de la casa. El suelo se rompió por mil sitios y comenzaron a brotar fuertes chorros de agua caliente. Dos vecinos cercanos se quedaron atrapados dentro de la casa, que colapsó. Todas son historias de terror. Igual que la situación política. El domingo anterior al sismo se habían celebrado las elecciones municipales, que acabaron en un enfrentamiento de la gente de la cabecera con un grupo de personas armadas, y el secuestro de cuatro menores de edad, presuntamente por parte del equipo de uno de los candidatos. Así estaban las cosas apenas cuatro días antes del temblor. Y, de repente, se fracturan unas rocas bajo el Golfo de Tehuantepec y todo el Istmo se pone a bailar el rocanrol de la destrucción.

Dejamos la comida, el agua, las lonas, los impermeables... Todo lo que hemos podido comprar, todo lo que hemos podido juntar. Y hablamos, hablamos comiendo unos pollos que habíamos comprado en Salina Cruz. Hablamos hasta que comienza a caer la noche y regresamos a Huatulco sabiendo que hoy Don Celso tampoco dormirá bajo la lona en la que pasa noche tras noche. "Somos pescadores, hemos dormido muchos días en la lluvia", nos dijo.

Pero hoy no dormirá. Y es que hay muchos rumores: en los desastres, después del dolor, lo más abundante son los rumores, las palabras dichas al oído o a voz en grito en cualquier ágora improvisada, siempre para anunciar catástrofes a personas que acaban de pasar por algo horrible, y que están prestas a creer que todo puede empeorar. La vecina que comenta como de pasada que escuchó decir a alguien, en el camión de redilas, que va a venir un tsunami tan violento que todo quedará arrasado. O un trabajador de la refinería que afirma haber oído que se producirá un terremoto *de magnitud 13*. Don Celso también ha escuchado que están robando las casas vacías. Que los malandros llegan en canoa por la laguna. Y dormitará en guardia toda la noche, atento a esas suaves variaciones en el sonido del agua.

Intermedio: el fantasma del 19 de septiembre

Entre nuestra primera y nuestra segunda visita se produjo otro sismo que, si bien tuvo una magnitud muy inferior ("tan sólo" 7.1), generó daños personales y materiales aun más cuantiosos, dado que el epicentro se ubicó en una zona muy cercana a grandes centros de población, como Puebla, el estado de Morelos y la capital del país, la Ciudad de México, una de las más pobladas del mundo. Para darle un tinte surrealista a la tragedia, se produjo cuando se conmemoraba el aniversario del tristemente célebre terremoto de 1985, que acabó con las vidas de al menos diez mil personas en la Ciudad de México (otras fuentes dicen cuarenta mil), lo cual hizo decir al escritor Juan Villoro (2017) que a veces un rayo podía caer dos veces en el mismo sitio.

Viví un año en la Ciudad de México y casi ocho en Cuernavaca, Morelos, ambas áreas muy afectadas por este sismo del 19 de septiembre de 2017. Sería tema de otro escrito explorar las impresiones que causa el ver convertidos en escombros a paisajes y lugares por los que uno ha pasado tantas veces. Afortunadamente, nadie de mi familia política morelense salió dañado, más allá del susto, ni tampoco ninguno de mis amigos. Pero fue terrible escuchar las historias. Un amigo de la Ciudad de México, que vivía en una de las zonas más afectadas, me contó cómo se siente perderlo todo en unos instantes. Perder la casa que acababa de comprar, hipotecándose para bastantes años ("el patrimonio de mis hijos") y el departamento que con grandes esfuerzos su esposa y él acababan de pagar. Ambos edificios habían quedado inhabitables, era un hecho que los iban a derribar. En Morelos, una ex alumna salió corriendo de su casa para ver cómo la construcción se caía justo delante de sus ojos.

A raíz de este terremoto, la atención de los medios dejó de estar enfocada (o tan enfocada) en Oaxaca y Chiapas. No sé si ya existen estudios al respecto, pero eso fue lo que se pudo apreciar a simple vista. Probablemente se debiese, por un lado, a la propia magnitud de la tragedia (370

muerdos, casi 7,300 heridos y daños materiales estimados de entre cuatro y ocho mil millones de dólares) y, por otro, al hecho de que uno de los lugares más afectados fuese la capital y principal centro político, financiero, cultural, etc., del país. Sin duda también influyó, y no poco, el simbolismo macabro de que el terremoto se produjera el mismo día que aquel funesto sismo de 1985, que permanece grabado a fuego en la memoria de todo un país. Nunca se deben despreciar los aspectos metafóricos, y yo diría que fue uno de los principales elementos que desplazaron la atención del país hacia el área afectada por el sismo del día 19.

Indudablemente, la situación complicó bastante las cosas. Para mostrar cómo se tomaron estas complicaciones los habitantes de Oaxaca, creo que merece la pena leer estas declaraciones de una originaria de Ixtepec, realizadas justamente cuando se le pregunta sobre el tema:

“La gente del Istmo, o al menos la gente del Istmo que yo conozco, no te va a reprochar, así como «por qué no me haces caso, si yo también soy importante». Ellos no van a hacer eso. Sí está eso de que se puso más interés en México por ser la capital. Sin embargo, si yo admiro algo de la gente istmeña es que hay una hermandad. No se iban a poner a decir así, porque ellos vienen de eso, está muy sensible. Dicen «ve, ellos también están sufriendo. O sea, puta madre, a todos nos dieron de chingadazos por todos lados». Entonces no te van a hacer ese reproche, porque fueron tragedias. Ya no sabes ni para dónde ayudar. Eso no significa que no lo hayan sentido” (Lugo, 2018: 165).

Después de haber vivido alrededor de diez años en el estado de Oaxaca, yo habría apostado a que se trata de una opinión compartida por muchas personas. Y, de hecho, prácticamente todas las y los oaxaqueños a quienes les pregunté su opinión sobre este párrafo, para comprobar mi conjetura, me dijeron que coincidían plenamente con lo que se expresaba en el mismo.

Desde luego, que la atención se desviase de lo sucedido en Oaxaca y Chiapas no quiere decir, ni mucho menos, que los problemas de estas zonas se hubieran acabado, sino todo lo contrario, como trataré de mostrar en el siguiente apartado.

Segunda visita: agua y réplicas el 30 S

En nuestra segunda visita llegamos con una caravana de tres carros. Jacob, un compañero de la universidad, y su sobrina de 13 años, en un *vocho* cargado hasta los topes con bolsas de ayuda producto de la cooperación de gente de muy diversos países: Japón, Israel, Canadá, Estados Unidos... Yvonne y Ernesto, una pareja de exalumnos que vienen desde Tehuantepec a echar la mano en el reparto, acompañados de Blas, su hijo de cuatro años, y de un primo que maneja otro *vochito*. André Díaz y yo vamos en la camioneta de Karla, llena a reventar de víveres, comida y las tan requeridas lonas, a cuya búsqueda habíamos dedicado la última semana.

Esta vez también nos habían avisado de los retenes, aunque tampoco los encontramos. Nos da la impresión de que hay mucha más gente pidiendo ayuda que en la visita anterior; la carretera repleta de mujeres, cientos de mujeres con sus huipiles y faldas largas, con un montón de niños detrás, debajo, arremolinados en torno a carteles pidiendo ayuda. Seguimos dentro de la estética (y me temo que la lógica) de los reportajes de guerra. Jacob me dirá al regresar que sintió ganas de detenerse y repartir lo que llevaba, desde el primer cartel. “Pero habíamos dicho que íbamos a San Mateo, y me tuve que aguantar”. Todas las edificaciones se ven mucho más dañadas. Nos impresiona ver aplastada la marquesina de una parada de autobús, un atemorizante sandwich de hormigón armado. La última vez que pasamos estaba en pie: han sido las réplicas, los cientos de malditas réplicas.

San Mateo del Mar está ubicado en una estrecha lengua de arena, entre un enorme sistema de lagunas salobres y el océano Pacífico (algunos detalles geográficos pueden verse en Serrano, 2004). No hay tierras aptas para la agricultura o la ganadería, tampoco árboles maderables. Sólo viento y agua. San Mateo se inunda todos los años, la fisonomía del pueblo cambia drásticamente entre la época seca y la de lluvias, y toda la cosmovisión de esta *cultura lagunar* depende precisamente del control del agua (Millán, 2011). Por ejemplo, una de las manifestaciones más hermosas

de dicha cultura, la Danza de la Serpiente (Filgueiras, 2015) resulta ser un ritual de petición de lluvia en el cual el rayo, el “dueño de las lluvias” (Signorini, 1994, § 9), logra controlar a la peligrosa serpiente, que simboliza el lado negativo de las aguas, cuya carencia puede matar de sed y de hambre a la comunidad, pero que también son capaces de destruirla si se desbocan.

No sé qué tendrán que decir los ancianos, los sabios concededores de la cultura de los *ikoots*, acerca de la participación de la serpiente en estas lluvias, pero lo que sí sé (porque así me lo han dicho) es que ni ellos mismos recuerdan una inundación semejante a la vivida en estas fechas. Las trombas de agua de una tormenta tropical inundaron el pueblo, ya seriamente dañado por el sismo inicial y las réplicas. Mientras escribo este texto, leo en Wikipedia que a día 21 de agosto de 2018 se han superado las 20,000 réplicas. Evidentemente, no hay barda, suelo, corazón, alma que lo aguante, por más ganas que le echemos a eso del *kokoro no kea*. Y añádele la tormenta tropical. Por no hablar de la *licuefacción del suelo* (Gutiérrez, 2017). Fue un golpe tras otro. Se te poncha una llanta y al cambiarla te da un calambre en la espalda. Te enfermas muy feo y el medicamento que tomas te da una alergia que casi te mata. Tu ambulancia se cae al agua y allí te ataca un cocodrilo.

El resultado último de esta secuencia de ataques telúricos y meteorológicos: el agua invade los escombros y deja ver más claramente que nunca la húmeda supervivencia de este grupo de sobrevivientes, cuyo nombre, al menos el más conocido, huaves, dicen que deriva de una palabra despectiva de sus vecinos zapotecos, algo que hace alusión al hecho de pudrirse en la humedad, en el lodo. Sería difícil listar todas las cosas que admiro en los huaves, perdón, en los *mero ikoots*. Entre ellas, sin duda, el hecho de que llevan cientos de años peleando contra un ambiente hostil y ganando. Ganando según la puntuación más básica que conozco para determinar la victoria: siguen ahí y además siguen siendo ellos mismos. Se cuenta que sus enemigos los desterraron hace siglos a las orillas de la laguna, un ambiente desfavorable como pocos, tal vez fuese el equivalente antiguo de un intento de genocidio. Pero ellos, amparados en un conocimiento sobresaliente de su difícil entorno biofísico, se convirtieron en unos pescadores enormemente hábiles. Y siguen ahí.

En esta visita, repartimos unas 70 bolsas de despensa, guiados por nuestra amiga la profesora Andrea, quien nos lleva por las viviendas más afectadas de la primera sección, iniciando al lado del puente y siguiendo un orden riguroso. Las personas nos invitan a pasar al interior de sus casas, o lo que queda de ellas, para que podamos apreciar el nivel de destrucción y supongo que entender cómo se encuentran por dentro ellos mismos. Nos hablan de volcanes de lodo; un señor planea cinchar toda su casa con cadenas, puesto que las paredes se están desparramando hacia los lados; por todas partes hay suelos rotos, bardas caídas, montones de cascotes, tablas como puentes de interior para moverse con gran dificultad entre el caos de los escombros.

El abuelito, que aparenta más de ochenta años, está sentado en una hamaca, porque apenas puede caminar. Todo el interior de su vivienda está lleno de jorobas, de suelo fracturado por el que ha brotado el agua, nos cuesta caminar por dentro de esa casa, dos veces estamos a punto de caer; y no puedo menos de imaginarme al señor, probablemente dormido en su hamaca, de la cual quizá salga sólo para ir al baño, cuando empezó a temblar, cuando no paraba de temblar. Cuando yo, en el aparcamiento de mi casa, me sentía flotando sobre cemento líquido, pensando que todo se iba a caer. En ese momento, aproximadamente a las 23:50 de la noche. Ahora el abuelito está frente a mí, sentado en su hamaca, muy bajo y muy flaco, realmente mínimo, dando las gracias en español.

Alguna gente se enoja porque no hay para todos. No es nuestra culpa, pero tienen razón. Yo también estoy enojado, mientras unos niños me preguntan si trajimos algo para los niños. No hemos podido traer algo para todos. Traemos algo para algunos y nada para casi todos. Tres mil familias viven en San Mateo. Setenta bolsas no llegan a nada. Por más que nos haya costado juntarlas. Desde luego que reciben ayuda de otras fuentes. Pero me temo que tampoco llega. Nunca llega. Y lo peor es que se merecen muchísimo más que eso. No unas pinches despensas. Se merecen un respeto y un apoyo que nunca han tenido, por ejemplo, por parte de los gobiernos estatal y federal.

Algunas personas cuestionan la organización del reparto. La profesora Andrea nos dice que estamos dejando las bolsas a los más necesitados y en ocasiones la vemos argumentar con sus

convecinos. Nosotros confiamos en ella de manera ciega, sabemos desde hace años de su calidad moral. Hay gente que viene directamente a pedirnos. Yo suelo decir que soy el chofer, quien organiza el reparto es la profesora. Y es verdad. Ella nos cuenta que algunas de esas personas vienen de secciones muy lejanas, que no han sido tan afectadas, o que ya han recibido otras muchas ayudas. Kiko nos lo confirma: hay familias que se mueven entre los diferentes puntos de reparto, un hijo en uno, su hermano en otro, y así sucesivamente, multiplicando el apoyo recibido (“agandallándose la ayuda”, dice).

Sigue el reparto, geoméricamente delimitado. *Noik por nden*. Uno por casa. Dudé en poner el ‘por’ en cursivas, porque últimamente la lengua huave, el *ombeayiüts*, posee un montón de préstamos del español. Y los jóvenes, nos ha dicho otro amigo, usan muchas palabras en español al hablar *ombeayiüts*, aunque éste tenga sus propias palabras o expresiones equivalentes. *Noik por nden*. La profesora Andrea nos guía a las viviendas más afectadas. Y cuando la casa parece vacía gritamos “¿Howe?” (“¿hay alguien?”). Y siempre sale alguien, una anciana de ojos tristes, un joven sin playera quemado por el sol, una madre y sus cuatro hijos como gallinitas en torno a su huipil, un pescador de mediana edad y manos callosas. A recibir nuestras mínimas dosis de ayuda, que enseguida se acaban. Todo el trabajo de pedir, recoger, ordenar, transportar, embolsar, finaliza en algo menos de dos horas. Con total insatisfacción, además. Ha faltado mucha gente. No hemos hecho nada, se podría decir. Y sólo estamos hablando de San Mateo, pero el Istmo es muy grande. Oaxaca también. Súmale Chiapas, el centro del país... No llega, no llega. ¿Pero qué podemos hacer? Es como echar dos azucarillos en una piscina olímpica y pretender que endulce. De hecho, la proporción es aún más desventajosa. *Noik por nden*. Hasta que se acaba.

Un aspecto que me llamó la atención es que en la segunda visita ya escuchamos más risas. Los niños ya juegan fútbol. Ya vuelven a soñar con convertirse en Cristiano Ronaldo, o en el más inmediato Javier Aquino. Las adolescentes pasan sonrientes ante grupos de chavales de su edad. Ya hay vida social, ya hay deporte, y todo parece comenzar con los jóvenes. Pero ese renacimiento juvenil contrasta con las expresiones cariacontecidas de los adultos, que parecen haber empeorado. Quizá, podría especularse, porque todas las complicaciones de la reconstrucción han caído de golpe frente a su vista.

En ese mismo estado colectivo regresamos a Huatulco. Asumiendo la amarga lucidez de los adultos que se enfrentan al inicio del difícil proceso de reconstrucción, pero escuchando las risas juveniles como un eco que llega del final de las calles inundadas, que resuena entre las bardas caídas. Regresamos a nuestras casas secas y de estructuras todavía firmes completamente embardnados en esa ambivalencia.

Reflexiones finales

San Mateo del Mar recibió mucha más ayuda. Nosotros mismos lo visitamos en varias ocasiones más, para llevar víveres, lonas, medicamentos y hasta ropa interior femenina. Platicamos también con conocidos en una institución municipal para lograr que se llevara ayuda a San Mateo, y echamos la mano a todos los grupos que nos contactaron para ayudar. Unos meses más tarde, estábamos consiguiendo financiamiento para un proyecto de investigación sobre gestión de riesgos en San Mateo, pensando en “matar dos pájaros de un tiro”: poder llevar ayuda y tal vez encontrar algún elemento que pudiese mejorar la prevención o reducir el peligro de cara al futuro. En suma, hicimos lo que pudimos, y seguimos, seguiremos en ello de un modo u otro.

Cuando escribo estas líneas, casi un año después del temblor principal, es posible reflexionar sobre algunas de las cosas que hemos visto. Comenzaré explorando mi participación personal. A la hora de valorar este nivel, mi queja conmigo mismo fue por no tener más contactos, más redes sociales, para así acceder a una mayor cantidad de bienes. Haciendo un esfuerzo de sinceridad, debo decirles que odio pedir cosas, odio que me presten dinero, odio deber favores, etc. No obstante, a pesar de esa personalidad como autárquica o gatuna, esa temporada pedí cooperación a todos quienes pude. Gasté sin piedad buena parte de mi salario, de mis quincenas, comprando ayuda, lo cual no me supuso el más mínimo inconveniente: yo soy poco pesetero, como dicen en México soy poco *codo*, más bien tiendo a la manirrotura. Pero también pedí cooperación a mucha

gente (lo cual me costaba un poco más). Como decía, a todas las personas que pude. Y todas, por cierto, cooperaron de la mejor forma.

Esto me conduce de nuevo a mi queja. Me hubiera gustado tener más contactos, tener más redes sociales capaces de donar más bienes. Tenía amigos y conocidos que conseguían comida y dinero con la mayor facilidad. Les llovía. Caso de Violeta, una trabajadora de la universidad que, sin yo saber cómo, un sábado por la mañana estaba diciéndole a unos helicópteros cargados de ayuda dónde debían aterrizar: lleven aquí, lleven allá. Hablamos acerca de la posibilidad de trasladar ayuda a San Mateo, y lo intentó, pero al final, no recuerdo por qué problema técnico, no fueron capaces de llegar hasta allí. Me daba envidia, de la buena, esa capacidad de conseguir ayuda; lo que yo pude juntar fue mucho menos, y eso me agobia un poco, especialmente porque sé que se debe a que soy un poco insociable. Mis redes funcionaron bien, prácticamente todos a quienes les pedí cooperaron con entusiasmo. Otras muchas personas, por supuesto, se acercaron a ofrecer ayuda, alimentos, dinero, etc., sin que les hubiera que decir nada. Por todas partes vi personas comprometidas y generosas. Pero mi queja es por un asunto de cantidad, no de calidad.

El no poder conseguir más, fue una frustración personal. Pero lo que debe tenerse claro es que las personas se volcaron en la cooperación, y la solidaridad invadió las calles al menos con la misma potencia que los propios sismos. Sin importar edades, géneros, condiciones sociales, filia-ciones políticas, religiosas o cualquier otro de los elementos diferenciadores y a menudo excluyentes, todo el mundo salió a ayudar en la medida de sus posibilidades. Esto plantea varias reflexiones. A mí me hizo pensar en el componente emocional de la ética. Algo tan igualador como un sismo obliga a reconocer, con Rorty (2001), que, si fuera más fácil ponernos en los zapatos de los demás, el mundo sería mucho más justo.

También se debe reflexionar sobre el papel del gobierno, especificando que no hablo de un gobierno en particular, sino más bien de esa institución a la que tanto repudian los anarquistas. Antes de comentar este tema, creo que es justo hacer dos grandes advertencias. La primera, que para valorar de manera objetiva y exhaustiva la actuación del gobierno en una catástrofe de semejantes características, se necesitarían muchos más datos, muchísimos más, de los que dispongo. Eso exige admitir que lo aquí expuesto será una perspectiva monádica, sacada de la experiencia personal; de lo visto, leído, etc., por un solo individuo. La segunda es que, por la misma magnitud del evento, sea cual sea la valoración que merezca el gobierno, está claro que siempre habrá excepciones. Al respecto, existen numerosos testimonios totalmente sinceros de personal gubernamental, por ejemplo, de las fuerzas armadas o de protección civil, que pasaron días y noches sin dormir, sin descansar, jugándose la vida tratando de garantizar la seguridad de sus conciudadanos, es decir, comportándose de la misma manera heroica que otros miles de voluntarios.

Luego de expresar esta especie de *disclaimer*, diré que el gobierno no parece haber estado a la altura de las circunstancias. Podrían citarse un montón de elementos para defender esta apreciación, comenzando con las numerosas acusaciones contra diversos niveles de gobierno (que fueron más intensas en el estado de Morelos y en el municipio de Juchitán, Oaxaca, como puede comprobarse con una sencilla búsqueda en la red) acerca de que se dedicaban a ocultar y embodegar despensas, con la perspectiva de utilizarlas para comprar votos en las elecciones de julio de 2018. O los diversos problemas con las tarjetas del Fondo Nacional de Desastres (Matías, 2017). La gente desconfió del gobierno, y mucho, y además desde el primer momento. Probablemente esta reacción se debiese a buenas razones, ya que desde hace décadas los sucesivos gobiernos se han ido distanciando enormemente de la ciudadanía.

El hecho de que la gente, desde el mismo momento del sismo, diera por hecho que el gobierno no iba a ayudar, es a mi juicio muy significativo. Las personas donaban a otras personas, o a ONGs, y desconfiaban de las instituciones y organizaciones del gobierno. Muchas personas llegaron a pintar su nombre con rotulador en las bolsas de ayuda, o declaraciones como “esta bolsa no la ha pagado ningún partido político ni dependencia gubernamental”. Como se había visto una y otra vez que el gobierno no daba el ancho, la gente sospechó que esa sería la tónica durante el sismo. Y su profecía no parece haber fallado por mucho. Así, mi hipótesis general sobre la participación tras el terremoto se podría resumir diciendo que la gente hizo todo lo que pudo, mientras que el gobierno hizo todo lo que quiso.

En el caso de San Mateo, y otras muchas comunidades habitadas por pueblos originarios, el abandono gubernamental es patente, y no es un tema de este último año, sino que viene de siglos atrás, desde la Conquista, pasando por la Independencia y la Revolución; o sea, es algo propio de toda la historia de México. Según Torres (2016) San Mateo del Mar es uno de los municipios más pobres de Oaxaca, a su vez uno de los estados más pobres de la República. A pesar de ello, y de los severos daños que allí causó el terremoto, tanto los habitantes como diversos analistas señalan que el apoyo recibido ha sido escaso, tanto en los momentos iniciales del sismo (Flores, 2017) como posteriormente, en las tareas de reconstrucción. Por poner un único y doloroso ejemplo: casi un año después del terremoto las escuelas derrumbadas no se han reconstruido, en San Mateo (Manzo, 2018) ni en otras muchas comunidades oaxaqueñas.

Los desastres naturales sólo tienen de natural el origen. En efecto, un terremoto o un huracán se inicia de manera muy diferente a un atentado terrorista o una fuga de productos químicos. Pero tales desastres ‘naturales’ siempre dependen de la interacción entre un fenómeno natural y una comunidad. El concepto de vulnerabilidad se refiere precisamente a aquellas características que vuelven a una determinada comunidad más susceptible a los efectos dañinos de un fenómeno natural (Baas *et al.*, 2009). Una amenaza natural puede producir enormes destrozos en cualquier sitio, pero es obvio que los lugares más preparados sufrirán menos y los lugares menos preparados sufrirán más. La triste realidad a este respecto es que las comunidades habitadas por los pueblos originarios, como sucede con San Mateo del Mar, suelen estar siempre entre los lugares más vulnerables, precisamente a causa del abandono secular de que han sido objeto por parte de los sucesivos gobiernos.

Y lo que siempre debe tenerse en cuenta es que el papel del gobierno es fundamental en esta tesitura. Tal y como afirma Lomnitz (2005), con palabras referidas a otro sismo, pero que siguen siendo igualmente actuales y acuciantes: “La lección es muy sencilla. La cultura sísmica es buena cuando la tienen los gobiernos. El sismo es un enemigo que se va a aprovechar de cualquier descuido, cualquier debilidad. Se ríe de los simulacros. Primero tenemos que estar protegidos. Si un país no tiene ejército, es víctima de cualquier vecino. Lo mismo pasa con el temblor. *Nuestra defensa contra el sismo es un buen gobierno*” (p. 18, énfasis añadido). ¿Proporcionará la nueva situación política de México, surgida tras las elecciones del primero de julio de 2018, un espacio de reflexión y tal vez de esperanza para actuar en consecuencia con esta lección?

Agradecimientos

A las protagonistas de este testimonio: a pesar de los pseudónimos, ellos se reconocerán. A todos las que de un modo u otro cooperaron y siguen cooperando con nosotros. Al pueblo de San Mateo del Mar, donde siempre nos hemos sentido como en casa.

Bibliografía

- Baas, S.; Ramasamy, S.; de Pryck, J.D. & Battista, F. (2009). *Análisis de Sistemas de Gestión del Riesgo de Desastres. Una Guía*. Roma, Italia: Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación.
- Epicuro (2012). *Obras completas*. Madrid, España: Cátedra.
- Filgueiras Nodar, J.M. (2013). ¿Bautizo de campo? Un filósofo “de sillón” en San Mateo del Mar (Oaxaca, México). *Nómadas. Revista crítica de Ciencias Sociales y Jurídicas, Número Especial: América Latina*, 533-538. doi:10.5209/NOMA.42405
- Filgueiras Nodar, J.M. (2015). Corpus Christi en San Mateo del Mar (Tehuantepec, Oaxaca, México): La danza de la serpiente. *Revista chilena de Antropología Visual*, 25, 104-117. Recuperado de http://www.rchav.cl/img25/imprimir/2015_25_etn01_filgueiras.pdf
- Flores, S. (11 de Septiembre de 2017). Cerca de Juchitán y lejos de la atención oficial. *Milenio*. Recuperado de <http://www.milenio.com/estados/cerca-de-juchitan-y-lejos-de-la-atencion-oficial>.
- Gonzalo, M. (8 de septiembre de 2017). Fue un sismo inusual, de fractura interna, profunda y mucho más peligrosa, alertan, en el futuro. *Sin embargo.mx*. Recuperado de <http://www.sinembargo.mx/08-09-2017/3303364>.

- Gutiérrez-Otero, P. (14 de Octubre de 2017). Estruendo y licuación del suelo en el Istmo. *Siempre! Presencia de México*. Recuperado de <http://www.siempre.mx/2017/10/estruendo-y-licuacion-del-suelo-en-el-istmo/>.
- Lomnitz, C. (2005). *El próximo sismo en la Ciudad de México*. México, D.F., México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Lugo López, E.J. (2018). Hablar del sismo. Un relato heteroglósico. En J.A. Meneses Cárdenas (coord.). *Retiembla en sus centros la tierra* (pp. 145-166). Cuernavaca, México: Letras del Lobo.
- Manzo, D. (28 de mayo de 2018). La reconstrucción de aulas en San Mateo del Mar sigue parada. *La Jornada*, p. 31.
- Matías, P. (19 de octubre de 2017). La “ayuda” en Oaxaca: tarjetas sin saldo, donaciones que no aparecen y políticos que cobran sin ser damnificados. *Proceso*. Recuperado de <https://www.proceso.com.mx/508102/la-ayuda-en-oaxaca-tarjetas-sin-saldo-donaciones-que-no-aparecen-y-politicos-que-cobran-sin-ser-damnificados>.
- Millán, S. (2003): *Huaves*. México, D.F.; México: Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas y Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo.
- Rorty, R. (1998). La justicia como lealtad ampliada. En R. Rorty. *Pragmatismo y política* (pp.: 105-124). Barcelona, España: Paidós.
- Rorty, R. (2001). Derechos humanos, racionalidad y sentimentalismo. En R. Rorty. *Verdad y Progreso. Escritos filosóficos 3* (pp. 219-242). Barcelona, España: Paidós.
- Sartre, J-P. (1993). *El ser y la nada. Ensayo de ontología fenomenológica*. Buenos Aires, Argentina: Losada.
- Scheler, M. (1938). *El puesto del hombre en el cosmos*. Buenos Aires, Argentina: Losada.
- Serrano Guzmán, S. J. (2004). *Estudio de ordenamiento ecológico para la zona costera del Istmo de Tehuantepec que favorezca y contribuya al desarrollo ordenado y racional de la pesca y la Acuacultura*. Puerto Ángel, México: Universidad del Mar.
- Signorini, I. (1994). Rito y mito como instrumentos de previsión y manipulación del clima entre los huaves de San Mateo del Mar (Oaxaca, México). *La Palabra y el Hombre*, 90, 103-114.
- SSN-Servicio Sismológico Nacional (28 de noviembre de 2017). *Reporte especial. Sismo de Tehuantepec*. Recuperado de http://www.ssn.unam.mx/sismicidad/reportes-especiales/2017/SSNMX_rep_esp_20170907_Tehuantepec_M82.pdf.
- Torres Salcido, G. (coord.) (2016). *Desigualdad extrema y tendencias de desarrollo. El caso de Oaxaca, México*. Ciudad de México, México: Oxfam México y EDUCA, Servicios para una educación alternativa A.C.
- Villoro, J. (2017). El puño en alto. *Periódico de Poesía*, 102. Recuperado de <http://www.periodico-depoesia.unam.mx/index.php/48-poemas/poemas/4820-no-102-temblor-el-puno-en-alto-juan-villoro>.